

CAPITULO III.

LA CIRCUNCISION.

El sol extendia su capa de oro sobre las escarpadas montañas del magestuoso Líbano, comenzando á derretir las escarchadas hebras que, como hilos de plata, brillaban á lo léjos en las abanicadas hojas de los dátiles.

La gruta de Belen, inundada en la gloria del Dios Niño, parecia derramar torrentes de luz de cada una de sus ruinas: el sol brillaba allí con mas intensidad, como si tratase de agraciarse aun mas la humilde cuna de su Rey: sobre el desmantelado techo y los derruidos muros de ella, las cuajadas gotas de nieve heridas por el sol, remedaban los colores del ópalo, la margarita, el rubí y el amarillo pálido de la perla.

Las palmeras y los cedros aromáticos, movian levemente sus hojas, impelidos por el apacible viento de la mañana.

Sin embargo, tanta belleza parecia estar velada por una melancolía indefinible.

¡María! la incomparable María, sentada en un monton de paja, estrechaba contra su pecho al precioso Niño, cuyos ojos garzos se hallaban fijos

en el blanco y ovalado rostro de su casta Madre, mientras sus manecitas salpicadas de pequeños y redondos hoyuelos, jugaban con los dorados bucles que se desprendian de aquella virginal cabeza, que se inclinaba sobre su frentecita de nieve para besarla y sonreírle.

De vez en cuando furtivas lágrimas se desprendian de los ojos de María, ojos tan azules como las risadas olas del mar Genesareo.

¡La divina Madre lloraba; y aquellas lágrimas eran arrancadas por el dolor!

Su corazón, mas sensible que ninguno otro, por la plenitud de gracia de que lo habia investido el Altísimo, al elejirla por Hija, Esposa y Madre, se hallaba penetrado de un pesar intenso, pesar que hacia estremecer á los ángeles que allí velaban en torno de Ella.

De pronto el castísimo Patriarca y el gran Sacerdote Zacarías, acompañados de algunos pastores, penetraron en la Gruta.

¡El corazón de María se estremeció como la hoja del árbol azotada por el huracán, como se estremece la gota de rocío cuando la mano del niño arranca el tallo de la flor en que se suspende!

José le dirigió una mirada tierna y dolorosa al grupo que formaban los dos Seres mas queridos y respetados de su alma; mientras Zacarías, doblando una rodilla, besó los piescitos del pequeño Niño, que alegre y risueño pagó con una mirada dulce aquel respetuoso beso.

—Necesario es—dijo el anciano Zacarías—dirigiéndose al humilde Patriarca, que tomes en tus

brazos al Niño para que el corazón de María no se lastime con seremonía tan dolorosa.

—Dejadle en mis brazos—exclamó María con acento suplicante—abrir las palabras del Sacerdote, ¿quién mejor que una madre podrá endulzar los dolores del hijo amado? Deber mio es alegrarme con sus sonrisas y entristecerme con sus lágrimas: la seremonía es dolorosa para mi corazón; pero estoy pronta á que se cumpla con la ley de Moisés; y no me apartaré de mi Hijo en esta hora de amargo dolor; en qué buscará mi seno para aliviarle.

Las palabras de María fueron escuchadas con religioso silencio.

Y Zacarías acercándose, hizo al Niño la incision acostumbrada, dándole el nombre de Jesus.

María con el corazón rasgado de dolor, enjugó la sangre de aquella herida con un blanco lienzo, mientras que dos gotas cristalinas desprendiéndose de su pupila azul oscuro rodaban silenciosas é iban á humedecer la pálida frente del Niño que lloraba.

Habia terminado la Circuncision.

¡El dolor que atravesó entónces el alma de María solo puede ser comprendido por las Madres!

¡Porque solo una madre comprende el corazón de otra madre!

Y sin embargo, ¡qué distantes nos hallamos las madres del mundo para nivelarnos siquiera á la Madre de la Divina gracia, á la Madre de Dios!

En la Circuncision del Verbo comenzó Ma-

ría á apurar el cáliz amargo que la Redencion del linaje humano le ofrecia

¡Flor mística y pura, nacida en los jardines de la gracia y arrullada con las auras de la virtud, veia brotar junto á su tallo la primera espina; y aquella espina era regada con sus lágrimas!

¡Lágrimas preciosas y de gran valor para la humanidad; diamantes riquísimos sacados de las entrañas de la gracia y pulidos en el fuego del amor!

La estrella no pierde nada en su belleza ni en su brillantez porque la cerquen oscuros y densos nubarrones; al contrario, parece adquirir mas fulgor y crecimiento á los ojos que la contemplan.

Así María con aquellas sublimes y sentidas lágrimas, adquiria á los ojos de su Padre celestial, mas hermosura, mas esplendor; y se elevaba ante ellos como las palomas de la Siria, como los cedros del Libano, como los frondosos plátanos de la Arabia.

¡Benditas gotas de sangre! ¡Benditas lágrimas derramadas en la gruta de Belen, y fecundizadas por el amor de un Dios infinito y la gracia de una Virgen!

SUPLICA

¡Oh María! cuyo corazón santo se estremeció de dolor ante las primeras gotas de sangre, derramadas en la gruta de Belen por tu Santísimo Hijo, nuestro Redentor; alivia mis dolores y lléname de fortaleza, en las amargas horas en que el infortunio hiere mi alma. Amén.

CANTO IV.

LOS MAGOS.

I.

Tres Reyes sábios hay en el Oriente,
 Que estudian de la noche los lunares,
 Ese insondable cúmulo de estrellas,
 Esos vastos y grandes luminares
 Que de Dios marcan las brillantes huellas,
 Sus frentes se rugaron á los rayos
 Del magnífico sol que nos fecunda,
 Sus rizos meditando se blanquearon;
 Mas no hay estrella que á su vista se hunda,
 Ni á su estudio cometas se pasaron.

Vénus la estrella de los rayos de oro,
 Cirio, la Vega, Orion y los Antáres,
 La Espiga, Cinosura y el Arado,
 La Estrella rutilante de los mares,
 Tributo á sus estudios han pagado.

A la luz de la lámpara dudosa,
 Por su mirada penetrante y sábia,
 Pasó la Tierra, el Géminis y el Tauro,

Los soles pequeñitos de la Arabia,
 La brillante melena del Centauro.

A tan tenaz y meditado estudio
 No se pasó una noche, un solo día:
 La luna siempre iluminó su frente
 Ardiendo al pensamiento que absorvia,
 De su cerebro el cráter combustente.

Gaspar, Melchor y Baltazar, se hallaban
 Al estudio entregados, cuando vieron
 De grande magnitud cercana estrella;
 Con otra confundirla no pudieron,
 Pues con ser la mas grande era mas bella.

Y los tres á sus solas se dijeron:
 «Esa estrella que asoma en el espacio,
 «Que resalta entre todas las mas grandes,
 «Que con solo sus rayos de topacio
 «Iluminara los azules Andes,

«No puede ser sino la regia estrella
 «Por Balaan anunciada al pueblo Hebreo:
 «Sus rayos caen sobre mi oscura frente;
 «La grandeza de Dios en ella leo;
 «¡Nació, no hay duda, el Niño Omnipotente!»

II.

Al asomar el esplendente día
 La ciudad de Seleucia preguntaba:
 ¿Por qué en palacio tanto movimiento?
 Y en torno del alcázar se apiñaba,
 Conteniendo al mirar hasta el aliento.

Ya el sol doraba las salientes cimas
 Cuando salieron los ilustres reyes,
 Su séquito al mirar los campesinos
 El arado dejaban y los bueyes,
 Y la altura tomaban de los pinos.

Garzotas y penachos relucian,
 Ricos turbantes de nevada pluma,
 Brillaban á la luz colores varios,
 Y entre la parda y polvorosa bruma,
 Piafaban los altivos dromedarios.

Arabes elefantes y camellos,
 Olfateaban alegres el camino:
 Brillaban armaduras y broqueles,
 Saltaban dando brincos de continuo
 Sedosos y bellísimos lebreles.

Gallarda comitiva les seguía
 En aquel viaje de misterios lleno,
 Y cual globo surgiendo en el espacio,
 Sus pasos guiaba en el azul sereno,
 La estrella con sus rayos de topacio.

Así llegaron los dichosos Magos
 A la ciudad de altísimas murallas,
 Donde en vez del olivo blanco y puro,
 Vieron las cotas y terribles mallas,
 Y las enhiestas lanzas sobre el muro.

¡Jerusalén, Jerusalén de entónces,
 Quién al ver como estás te conociera!
 ¡Quién al ver tus harapos de mendiga

Tu orgullo de sultana comprendiera,
 Cuando fuiste de Dios tan enemiga.....!

¿Quién, al verte cual pálida ramera
 Con el cetro y el manto hecho girones,
 Del olivar bajo la sombra fría,
 No dirá, al ver tus ruinas á montones,
 No es esta, no, Jerusalén la impía?

.....
 Mas al entrar á la ciudad se vieron
 Sin su radiante y misterioso guía;
 Y los tres de tristeza se llenaron,
 Mas creyendo que allí nacido había,
 A todos por el Niño preguntaron:

"¿Dónde ha nacido el que con solo un dedo
 "Hace brotar los astros á millares,
 "El que las blancas nubes abrillanta,
 "Que perfuma los lindos azahares,
 "Por quién el ave en el boscage canta?"

"¿Dónde el que dió á la mar conchas y per-
 "Peces de brillantísimas escamas; [las,
 "A la tierra perfumes, auras, flores,
 "Que el espacio sembró de blancas flamas
 "Y el Iris argentó de cien colores?"

"¿Dónde el que sábio lo gobierna todo,
 "A cuyo impulso, á cuyo solo acento,
 "Se derriban las testas coronadas,
 "Se estremece en su base el firmamento,
 "Brotan fuego las rocas calcinadas.?"

El pueblo se turbó; turbóse Herodes,
Y llamó á los ancianos y les dijo:
"Segun vuestros profetas predijeron,
"Decidme ¿donde nacerá Dios Hijo?"
¡En Belen de Judá! le respondieron.

Haced venir á mi presencia luego
Esos crédulos Magos, ¡por mi vida!
Quiero oír de sus lábios tal noticia;
Y ¡ay de ellos si me burlan! sin medida
Caerá sobre su frente mi justicia.

Y crujendo de rabia y de dolencia,
Sobre el blando cojín de terciopelo,
Reclinó su cabeza coronada,
Y á la puerta mirando con anhelo,
Arrojó una estridente careajada.

Luego llevó la descarnada mano
A la rica corona de su frente,
Y de su boca se exhaló un rujido,
Y en sus ojos brilló fosforescente
La llama de Satan enfurecido.

¡Oh! nó, se dijo, mientras yo respire
La corona estará sobre mis sienes;
Rodarán las cabezas á millares,
Que se tiñan en sangre mis harenes
Y que esa sangre corra por los mares.

¡Ay! del que intente levantar el brazo
Para usurparme la corona, el trono;
¡Yo con mi propia mano le haré trizas!

Como se hace pedazos un vil mono,
Y su loca ambicion haré cenizas.
"He comprado el poder con roja sangre,"
Sangre, y mas sangre le regó en su cuna;
Y si mas sangre aun él necesita,
Las cabezas caerán una por una,
Le regará la sangre belemita.

Mas al entrar los Magos al palacio,
La sorda rabia disfrazó de su alma,
Y despues de escucharles complacido,
Les encargó con aparente calma,
Le hablasen á la vuelta del Ungido.

Los Magos se alejaron muy contentos,
Saliendo de Salem con la alborada,
Y ya en la sola y apartada orilla,
Dejóse ver la estrella abrilantada
Guiando los pasos de su fé sencilla.

Paróse á poco en lo alto de un establo
Donde pastaban vacas y carneros;
Las sandalias los Reyes descalzaron
Y sus dones llevando placenteros,
Ante el Niño Jesus se arrodillaron.

"Como á Dios, le dijeron, te adoramos:
"Grande eres, ¡Oh Señor! grande es tu Nombre;
"Ante tu sábia y vasta inteligencia
"Es un pequeño gusanillo el hombre:
"Y es sombra ante tu luz su oscura ciencia.

«La mirra de los hombres te ofrecemos,
 «Que mirra son del hombre los dolores; Y
 «El oro de los reyes te dejamos;
 «Y como al Dios del Orbe, Dios de amores,
 «Al olor del incienso te alabamos.»

Y si mas sangre aun el necesita,
 Las cabezas caeran una por una,
 Le regará la sangre belénita.

Mas al entrar los Magos al palacio,
 La sorda ríbia distaxó de su alma,
 Y despues de escucharles complacido,
 Les encargó con aparente calma,
 Le hablaron á la vuelta del Urdido.

Los Magos se alejaron muy contentos,
 Sabiendo de Salem con la alborada,
 Y ya en la sola y apartada orilla,
 Dejose ver la estrella apirilantada,
 Guiando los pasos de su fé sencilla.

Paróse á poco en lo alto de un establo,
 Donde pastaban vacas y carneros;
 Las sandalias los Reyes descajaron,
 Y sus donas llevando placenteros,
 Ante el Niño Jesus se arrodillaron.

«Como á Dios, le dijeron, te adoramos;
 «Grande eres, Oh Señor! grande es tu Nombre;
 «Ante tu sabia y vasta inteligencia,
 «Es un pecado gusarillo el hombre;
 «Y es sompar ante tu luz su ciencia»

CAPITULO IV.

LA PURIFICACION.

Cuarenta veces se habian abierto las rosadas cortinas del Oriente para dar paso á los rayos vivificadores del sol, desde que el divino Niño naciera en el portal de Belen.

Cuarenta auroras habian derramado sus brillantes y acristaladas perlas, entre las tembladoras hojas del garambuo y los sonrosados pétalos de las rosas, cuando María, exacta en el cumplimiento de las leyes divinas, fué al Templo á purificarse.

¿Qué necesidad tenia la immaculada Virgen de aquella ceremonia?

¿No era la gracia misma trasplantada á la tierra, para llenarla de sus embriagadores aromas?

¿No era el relicario sin mancha, el Templo de santidad, el reclinatorio de oro donde el Hijo del Altísimo tenia puestas todas sus complacencias?

María, huerto cerrado, donde nunca entró el hálito pestilente del pecado, fué pura desde el instante mismo de su Concepcion; desde que en la mente del Eterno tomó vida su celestial ser: María fué pura como esas gotas de rocío, que suspendidas en la punta del diáfano velo de la mañana, van á